

CORONA DE LA VIRGEN 211

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda  
Suena acaso del trueno el estampido,  
En pos de algun relámpago temido  
Que de rojo fulgor la tierra inunda:  
Así en la santa paz que lo circunda,  
José por la vejez enflaquecido,  
Llegar miró el instante apetecido  
Del justo.—Con mirada moribunda  
Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro  
Cercan su lecho, y al momento espira.  
Jamás terrestre rey, igual decoro  
En torno tuvo á su funérea pira:  
Lloró Miriam, y del sencillo duelo  
Al frente, triste marcha el rey del cielo!

LIBRO UNDECIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora  
En el reló del tiempo no cansado  
Jamás.—Lució por fin la limpia aurora,  
El momento anhelado,  
Que habia en sus designios señalado  
El Hacedor profundo  
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo  
 Con sus groseros símbolos y altares  
 Se hundiera para siempre en el abismo;  
 Y que en tierras y mares  
 Fundara indestructibles sus sillares,  
 Del mismo Dios en nombre,  
 Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados  
 Vacilan los imperios conmovidos;  
 Los prepotentes cetos respetados,  
 Los tronos carcomidos,  
 Caen en menudo polvo convertidos;  
 Y ya el antiguo culto  
 Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas  
 Abandonan sus astros sepulcrales,  
 Y no manchan sus bóvedas tranquilas  
 Conjuros infernales.  
 Sacerdotes, augures y vestales  
 No dan torcido ejemplo  
 Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa  
 Hierve en el corazon de los humanos;  
 Volcán que só la mole ponderosa  
 De montes soberanos,  
 De la tierra en los cóncavos arcanos  
 A su pesar sumido,  
 Anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse á la vez cultos y leyes,  
 Ruedan confusos pueblos y naciones,  
 Sacerdotes y símbolos y reyes:  
 —¿Qué inspirados varones,  
 Qué fuertes é impertérritas legiones,  
 Vendrán del mundo muerto  
 A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,  
 De Nazareth, brotó en raudal escaso  
 Un arroyo entre zarzas escondido;  
 Mas que ha de abrirse paso  
 En breve del Oriente hasta el Ocaso,  
 Al Norte y Mediodia,  
 Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,  
 Apenas á la sed de un pajarillo  
 Bastante:—luz que trémula fulgura  
 De debil lucerillo;  
 Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo  
 Esplenden en lo oscuro,  
 Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso  
 Que presenció del hijo de MARIA,  
 El lento padecer y la agonía;  
 Fué el signo esplendoroso,  
 Lábaro de un imperio poderoso,  
 Al aire tremolado,  
 Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,  
 De eterna vida manantial fecundo,  
 De donde todo bien copioso mana:  
 Del poder sin segundo  
 La *buena nueva* prometida al mundo:  
 Y aquella voz divina  
 Dijo al muerto:—“¡Levántate y camina!”

Y el cadáver se alzó:—galvanizada  
 Se irguió la conmovida muchedumbre:  
 Respiró la muger emancipada:  
 De abyecta servidumbre,  
 Ya al hombre no oprimió la pesadumbre;  
 Y ante su Dios iguales  
 Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro  
 Suspendido en mitad del firmamento,  
 Al ciego luz, al desvalido amparo:  
 Y el magnate opulento,  
 Y el tirano en sus iras turbulento,  
 En su maldad temblaron  
 Y ante el poder eterno se humillaron!



Llegó para Miriam el triste día  
De larga ausencia y despedida amarga:  
Jesus, el hijo de su amor querido  
Salió de Nazareth una mañana,  
El paso dirigiendo á las riberas  
Que del Jordan las amarillas aguas  
Riegan, y á donde entonces el Bautista  
Con su mision cumpliendo bautizaba.  
La vida de Jesus, no ya secreta,  
Mas pública va á ser: de la morada  
Materna se despide, pobre, solo,  
En situacion humilde, y sin mas armas  
Que su valor, paciencia y mansedumbre.  
Con tan débiles fuerzas se prepara  
Costumbres á atacar, usos y leyes,  
A lidiar contra pueblos y monarcas,

Y vencerá en la lucha, que su brio  
Del mismo seno del Señor emana;  
Mas cubrirá el laurel de la victoria,  
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia  
Rasgaron de Miriam crudos el alma!  
Ella que ve lanzarse al generoso  
Jóven, de aquella mar tan agitada  
En las revueltas, encrespadas olas,  
Donde tantos profetas naufragaran!  
El insensato orgullo, el fanatismo  
Torvo; la hueste toda sanguinaria  
De las malas pasiones, solo, inerme,  
Va el *Justo* á combatir:—La gente prava  
Que domina en la torpe Sinagoga;  
Del Fariseo hipócrita las tramas,  
Su feroz ambicion, su cruda envidia,  
Su innoble miedo, su intencion bastarda;  
Y del rey de linage advenedizo  
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heróica estirpe  
Que dió á Judá tan celebres monarcas,  
Vástago indigno, no; en el noble pecho  
Un corazón impávido alentaba;

Mas recuerda las santas profecías,  
 Los anuncios mesiánicos, y el alma  
 Mira ante sí con lúgubres colores  
 Un cuadro aterrador que la amenaza:  
 Por eso al despedirse el hijo caro,  
 Bañado el rostro de copiosas lágrimas,  
 Roto su corazon dentro del seno,  
 Y anudada la voz en la garganta:  
 Cuando el débil rumor ya no percibe  
 De los pasos de aquel que tanto ama,  
 Cubrióse con su velo, y pensativa,  
 Muda como el dolor, enagenada  
 Quedó pensando en los pasados dias  
 De ventura y de paz; memoria amarga  
 De la dicha que fué; presagio triste  
 Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan dias tras dias;—perezosas,  
 Noches eternas que jamás acaban  
 A la inquietud materna, y á su asilo  
 Aun no vuelve Jesus.—Noticias vagas  
 Anuncian á Miriam que el hijo suyo  
 Ha entrado en las estériles montañas  
 A Jericó vecinas.—El cordero  
 Sin duda al acercarse á la elevada  
 Obra de redencion, el trato esquiva  
 De la turba mortal; y en la plegaria,

Y en la meditacion y en el ayuno,  
 A la lucha tremenda se prepara.  
 ¡Ay! cuánto de temor y pena ruda  
 Desgarran de MARIA las entrañas!  
 Si acaso de la noche en las tinieblas  
 Suena la ronca voz de las borrascas,  
 ¡Qué horrible padecer!—¡Bajo qué abrigo  
 Guarecerá la frente delicada  
 El amado Jesus?—¡qué luz piadosa  
 Amiga alumbrará su débil planta,  
 Al borde de los hondos precipicios  
 Donde solo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias  
 Parecen á la madre acongojada,  
 Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,  
 Y de nuevo á Miriam tornó la calma.



### LAS BODAS DE CANA.

#### III.

Entonces en Caná de Galilea  
Un consorcio feliz se celebró,  
Y juntos fueron hácia aquella aldea  
MARIA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos  
Eran, y de la estirpe de Judá,  
Y á su hijo y á ella, cariñosos,  
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escasa  
De los recién casados la fortuna,  
Y en manjares y vinos pobre tasa  
Había, por demas inoportuna.

Y como á la mitad de la comida  
El vino se apuró; Miriam atenta  
Observó la mirada entristecida  
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha  
Está, le dice así: "No tienen vino,"  
Y él, al oír la voz con que lo estrecha:  
"¡Aun no he llegado al fin de mi camino!"

Responde; mas Miriam que á sus parientes  
Quiere evitar humillacion tan dura,  
No desespera aún, y á los sirvientes  
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: "Haced cuanto él os diga."  
Había para hacer las oblaciones  
A que la antigua ley al hombre obliga,  
Seis ánforas (6) de grandes dimensiones

Allí.—Mandó Jesus á los sirvientes  
Que á una vecina fuente las llevaran,  
Y de sus aguas puras, transparentes,  
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso  
 Vino trocóse el agua en el instante,  
 Y á tal prodigio se asombró el esposo  
 Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera  
 Que mirase brotar el milagroso  
 Poder, que en tan efímera carrera  
 Iba á ostentar el Nuncio poderoso:

Y todos los presentes se admiraron,  
 Y su inmenso poder reconocieron,  
 Y sus menores signos acataron,  
 Y su misericordia enaltecieron.



## IV.

Aquel milagro de Caná, seguido  
 En breve de un millon;  
 Señaló que ya el tiempo era venido  
 Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,  
 Los demonios huían;  
 Las dolencias del cuerpo se aliviaban,  
 Los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo  
 Su planta descansaba,  
 Cesaba el llanto, enmudecía el duelo  
 Y el odio se calmaba.